

AMERICA LATINA: ENTRE LA RAZON Y EL SUJETO UNA MIRADA A ALAIN TOURAINE.

Susana Mallo

"La razón no basta para defender a la razón"

Max Horkheimer

I) INTRODUCCION

América Latina es un continente diverso. La mezcla de razas, etnias, culturas, sociedades, idiosincrasias, climas y geografías ha producido sociedades complejas, heterogéneas e híbridas.

Esta realidad ha llevado a ciertos científicos sociales del mundo desarrollado a la búsqueda de las claves de interpretación sobre estas cambiantes sociedades. Alain Touraine no ha escapado a esa seducción y, consecuentemente, se ha abocado a la comprensión y la interpretación de América Latina.

Desde los años sesenta —en que inicia un proceso de elaboración conceptual hasta nuestros días— el autor ha realizado un singular, contradictorio y, a veces, controvertido análisis de nuestros países. Tres son esencialmente los tópicos a través de los cuales el sociólogo francés ha reflexionado en los últimos años: la modernidad, el sujeto social y la democracia. Producto de ello son sus últimos trabajos, los cuales están más próximos a la filosofía política que a la teoría sociológica. Desgranar el pensamiento toureniano es parte de nuestro intento de análisis para esta ponencia.

II) LOS NUEVOS EJES TEÓRICOS

II.1) Modernidad, racionalidad y sujeto

El tema de la modernidad fue introducido desde los inicios de la sociología clásica. Comte fue el primero, y a partir de allí este tópico ha sido motivo profunda preocupación del más amplio espectro de las ciencias sociales. La oposición entre sociedades tradicionales y modernas ha permeado la discusión no sólo en el primer mundo, sino también (y de manera muy importante) en América Latina. Debemos reconocer en Germani y Medina Echavarría dos precursores que intentaron explicar algunas de las singularidades del proceso de América Latina a partir de la mencionada dicotomía.

Para el pensamiento moderno el orden social debe descansar en una decisión libre y debe convertirse en principio del bien, pero esta libre decisión debe ser la expresión de la voluntad general. La ideología modernista no estuvo vinculada en sus albores con la idea de democracia, sino que fue propiamente revolucionaria al criticar primero en teoría y posteriormente en la práctica, el poder del Rey y de la Iglesia Católica en nombre de principios universales y de la razón misma.

La razón fue para la modernidad lo universal del hombre, el elemento a través del cual se establece comunicación con el universo. Así Kant estableció que el hombre es un sujeto moral cuando se somete al deber, que no es otra cosa que el dominio de lo universal.

La afirmación "atrévete a pensar" es una máxima de la modernidad. Asimismo, "ten el coraje de utilizar tu propio entendimiento" fue la consigna emblemática de los hombres de la modernidad. De este modo, la ideología modernista tradicional es la última forma

de creencia en la unión del hombre y la naturaleza.

La modernidad está entonces identificada como el tiempo de la razón. A esta concepción de corte optimista le suceden, sin embargo, nuevas formas ya no tan optimistas. Para Wener Sombart la modernización es la descomposición de los controles sociales y políticos, el momento de la apertura de los mercados y el triunfo de la racionalización, por lo tanto, el triunfo de los beneficios y del mercado. Max Weber, por su parte, describe de una forma particular al proceso de la modernidad que se caracteriza por una concentración de los medios puestos a disposición de la racionalización económica, de la represión de las libertades sociales y de las culturas tradicionales.

Para Weber, la sociedad moderna trata de eliminar el sentido de una ética de la convicción y una acción carismática intentando imponer una autoridad racional-legal y una ética de la responsabilidad. Así, la concepción clásica de la modernidad es la construcción de una imagen racional del mundo que integra hombre y naturaleza, el microcosmos en el macrocosmos, y que rechaza dualismos: alma y cuerpo, pensamiento y acción, mundo humano y mundo trascendente.

El triunfo de la modernidad supone la supresión de los principios eternos, la iluminación de todas las escenas, de la identidad del yo y las culturas en beneficio del conocimiento científico de los mecanismos bio-psicológicos y de las reglas impersonales no escritas de los intercambios de bienes. Es decir, en las sociedades modernas se pone énfasis en un sistema social autoproducido, autocontrolado y autorregulador, y como consecuencia, se rechaza cada vez más la idea de sujeto.

La crisis de la idea modernista nació de la negativa, primero de Nietzsche, luego de Freud y finalmente por actores sociales colectivos, a reducir la vida social y la historia de las sociedades modernas al triunfo de la razón, aún cuando ésta se considerara asociada al individualismo.

No existe una figura única de la modernidad, sino dos figuras —el anverso y el reverso— de una misma moneda, que constituyen la modernidad: la racionalización y la subjetivación. Los que ponen el acento en la racionalización olvidan que el mundo está cada vez más penetrado por la referencia a un sujeto, que a un tiempo es la libertad, es decir, "que postula como principio del bien el control que el individuo ejerce sobre sus actos y su situación y que le permite concebir y sentir su conducta como componente de su historia personal de vida, concebirse él mismo como actor. El sujeto es la voluntad de un individuo de obrar y ser reconocido como actor"(). Sólo podemos hablar de modernidad cuando nos hallamos ante una creciente interacción del sujeto y la razón, de la conciencia y la ciencia; la ideología tradicional ha impuesto durante largos años la idea de renuncia al concepto de sujeto para hacer triunfar la ciencia, que había que ahogar la imaginación y la intuición para liberar la razón y "que era necesario aplastar las categorías sociales identificadas con las pasiones, mujeres, niños, trabajadores y pueblos colonizados bajo el yugo de la elite capitalista identificada con la racionalidad". Los que señalan el proceso de modernización atado sólo a la racionalización opacan que el mundo moderno está cada vez más penetrado por la referencia a un sujeto que es libertad, lo que permite concebir su actuación como componente de su historia personal de vida. La síntesis, entonces, para Touraine sería: un sujeto que es la voluntad de un individuo de obrar y de ser reconocido como actor. Para el autor, pues, los términos individuo, sujeto y actor deberán definirse en relación de los unos con los otros. Así, sólo hay producción de sujeto en la medida en que la vida resida en el individuo. Es decir, aceptar a éste como una libido o como una sexualidad y que se transforme en esfuerzo para construir más allá de los múltiples espacios y tiempos vividos: estamos

hablando de la unidad de la persona.

El actor es, entonces, aquel que modifica el ambiente natural, y sobre todo social, y que al transformar la división del trabajo, transforma los criterios de decisión, las relaciones de dominación o las orientaciones culturales. Estamos, pues, ante un sujeto que se transforma a sí mismo en actor, resulta imposible separar al individuo de su situación social. En sentido inverso, hay que oponer el individuo internalizador de normas e instituciones sociales, al individuo productor de vida social y sus cambios.

Para Touraine, la defensa del sujeto y la racionalización deben combinarse, y sólo pueden hacerlo, como ya ocurría en la sociedad industrial, "instituyendo entre ellas una alianza contra la producción de privilegios y contra la parte de irracionalidad que está presente en el ejercicio del poder"(). El sujeto debe definirse atendiendo al actor social y a los conflictos sociales.

La sociedad actual se debate en dos sentidos opuestos: por un lado, la creación de una visión materialista, ilustrada, naturalista de los seres humanos y del mundo; por el otro lado, la asunción del sujeto mismo que favorece la ética de la convicción, opuesta a la tradicional ética de la obediencia y la imitación.

Si aceptamos la primera observación, el sujeto sólo existe como movimiento social, como oposición a la lógica del orden. Foucault afirma que la racionalización lleva al fortalecimiento de la lógica de la integración social, de la vigilancia y, por consiguiente, de un dominio cada vez mayor del poder. Touraine, a partir de reformular en sus últimos trabajos la concepción de movimiento social en las sociedades industriales, los define como un conflicto social pero simultáneamente también como un proyecto social. Esto significa que no es únicamente una lucha reivindicativa, sino que es necesario que dicho movimiento social hable en nombre de los valores de la sociedad industrial y se convierta en su defensora contra sus propios adversarios.

Así, y como consecuencia de ello, todos los movimientos sociales están interiormente desgarrados, pues ninguno de ellos puede servir de la misma manera a la racionalización y a la subjetivación.

Los últimos movimientos sociales que ha conocido América Latina, tales como "los sin tierra" en Brasil o la rebelión zapatista en México, son un claro ejemplo de este desgarramiento: la justicia versus las necesidades imperiosas del orden de Estado.

Si en la actualidad el concepto de modernidad está más acorde con la liberación de los deseos, con la satisfacción de las demandas, que con el reinado de la razón, la necesidad de la libertad de opinión y de expresión son exigencias fundamentales que repudian las "razones de estado". Así, pues, ¿cómo construir una sociedad democrática que dé respuestas satisfactorias?

II.2) Los problemas de la democracia

Dos son esencialmente los peligros que señala Touraine para la democracia actual: el neoliberalismo y el totalitarismo. "Nuestras pasiones ya no son políticas y pensamos en la política con prudencia antes que con entusiasmo. A veces nos parece que la palabra democracia está tan mancillada que vacilamos en emplearla"(). Y dicha vacilación está dada por la necesidad de la conquista mediante la fuerza de la soberanía popular y al respeto por las libertades y las minorías. Esta es la dramática disyunción en la que nos encontramos a fines del milenio.

El autor señala que no hay democracia sin conciencia de pertenencia a una colectividad política, una nación en la mayoría de los casos, pero también una comuna, una región y hasta un conjunto federal, tal como aquel hacia el que parece avanzar la Comunidad Europea.

La democracia se asienta en la responsabilidad de los ciudadanos, no hay democracia sólida sin esta responsabilidad que los medios educativos, especialmente la familia y la escuela, pero también el grupo, pueden hacer nacer o desaparecer. Una segunda condición es la participación en la vida democrática: esto supone sentirse ciudadanos, pertenecer a la sociedad política, la cual es elemento indispensable para la integración política al país. La conciencia ciudadana es lo único que permite establecer la unidad de la sociedad amenazada por los conflictos y la creciente marginación de amplios sectores de la sociedad.

La democracia sólo soporta conflictos limitados, ha aquí una de las muchas explicaciones que encontramos para la irrupción en gran parte de América del Sur de las recientes dictaduras. La democracia supone una sociedad civil rigurosamente estructurada y una sociedad política integrada que permita un Estado caracterizado por el poder que habla en nombre de la Nación, que es guardián de la paz y es la continuidad entre el pasado y el futuro.

La participación de la sociedad civil y la organización de la sociedad política en partidos (para canalizar tanto demandas como decisiones generales), son el reaseguro de una democracia bien entendida. Sin embargo, debemos señalar el constante estrechamiento de los partidos políticos, pues se debaten entre la multiplicación de los lobbies y el aplastamiento de las demandas sociales, tanto por la acción de los ideólogos como de los aparatos políticos.

De esta forma, Touraine plantea que cuanto más un partido político se considera portador de un modelo de sociedad (en lugar de un simple instrumento de formación de decisiones políticas), más se debilita la democracia y más subordinados están los ciudadanos a los dirigentes de los partidos. A este creciente peligro se debe agregar que en las sociedades actuales gobernadas por una racionalización extrema —que se expresa en las técnicas de producción, en el consumo, en la racionalización de la guerra y en la comunicación de masas—, el surgimiento de la libertad está en la separación de la razón instrumental para defender las identidades colectivas. Así, la democracia actual está bajo amenaza. Se encuentra —según algunos autores— reducida a un mercado político donde los electores optan por una u otra alternativa sin reales posibilidades de decisión, con Estado en continuo retroceso por los crecientes procesos de internacionalización y globalización. El ejemplo está dado por las diferencias en los caminos de democratización entre los países desarrollados y los del Tercer Mundo. En los primeros, la acción democrática tiende a limitar al Estado en favor de la autonomía individual, aún bajo el riesgo que las libertades queden prisioneras de intereses privados. En los países del Tercer Mundo, lo fundamental es la defensa de la comunidad nacional, la que apela a la democracia frente a la racionalidad aún bajo el riesgo de hacerla sucumbir a la homogeneidad ética o religiosa. En las sociedades dependientes, el sujeto corre el riesgo de ser aplastado por la tradición. En las sociedades modernas, de disolverse en una libertad reducida a la de consumidor en el mercado.

De esta manera, en el tema de la democracia, el centro del análisis para Alain Touraine es colocar la idea de sujeto y la lucha de éste contra los aparatos de dominación. La democracia, pues, es no sólo un conjunto de instituciones o un tipo de personalidad, es ante todo lucha contra el poder y el orden establecido, en defensa de las minorías contra las mayorías. Es la lucha del sujeto que se niega a verse reducido a la condición de ciudadano o trabajador: "la democracia no es el triunfo del pueblo; es la subordinación del mundo de las obras, de las técnicas y de las instituciones a la capacidad creadora y transformadora de los individuos y las colectividades"().

III) AMÉRICA LATINA: EL SISTEMA Y LOS ACTORES

Los procesos de modernización que se realizaron en América Latina, no tuvieron un carácter endógeno, sino que se canalizaron a través de un Estado redistribuidor de recursos de origen extranjero. De esta forma, Touraine designa como "popular nacional" a un modelo que registra la creciente separación entre el espacio de derecho, el de los intereses económicos y el de las reivindicaciones sociales, a menudo condenadas a la marginalidad. Históricamente, estos regímenes se degradaron, y a partir de los años sesentas —en muchos países del área sur— se abatió primero una etapa de descomposición social que finalizó con la oleada de dictaduras por todos conocida. A su vez, la década del 80 significó la abolición del monopolio militar y la instauración de elecciones libres. El autor señala que esto no supuso, sin embargo, la instauración de la democracia. Las desigualdades aumentan, los derechos humanos son violados y la conciencia ciudadana está ausente.

Existe un diagnóstico casi generalizado —relativamente validable para América Latina— que nos plantea que, en las sociedades postliberales, o en las también llamadas postsociales, han ido desapareciendo virtualmente los "derechos adquiridos": así, por ejemplo, la flexibilización laboral, ha significado la pérdida de la estabilidad laboral, o la reducción de los servicios universales de salud y educación pública. Sin embargo, frente a esta desaparición, existe un creciente conformismo y una enorme pasividad, a pesar de las situaciones sociales injustas que comienzan a ser percibidas como naturales y como parte de un diagnóstico más global. Es de señalar también que los potenciales de protesta no han podido ser canalizados por instituciones tradicionales, entre otras razones porque los escenarios, las agrupaciones y los temas cambian con celeridad. Cuando se consolidan núcleos organizativos, sus miembros provienen de medios difusos y heterogéneos, estableciendo un arco plurivariado de demandas: "las subjetividades se han descentrado moviéndose a la deriva respecto de las estructuras espaciales y temporales de lo cotidiano"(). En este sentido se observa —también— que se han transformado las formas en la socialización familiar y educativas, donde la interacción ha propendido a una comunicación sistemáticamente distorsionada. No es ajeno a esto, la conformación de nuevas formas culturales donde los formatos "massmediáticos" cumplen funciones primordiales: "las sociedades complejas y de cambio rápido, en cambio, poco a poco dejan de ser sociedades de intercambio, de la comunicación y de la argumentación, para ser cada vez más sociedades de la expresión. La unidad de comunicación entre el emisor y el receptor se va quebrando. Cada vez menos tratamos de comunicarnos y cada vez más somos actores, de modo que éstos dan una creciente importancia a la 'pragmática' a las formas de expresión verbales y no verbales por las cuales se manifiesta lo que no es comunicable, lo que no requiere respuesta..."(). Finalmente, queremos plantear que es necesario apoyarse en una teoría de la acción a los efectos de realizar un esfuerzo de reconstrucción de los actores colectivos, y así calibrar cómo y cuándo una organización social se erige como un sujeto de un proceso de cambio en una situación histórico-social. Touraine nos dice —de manera muy poética— que hay que reencontrar al actor en su encierro y en su soledad. Es en este contexto donde la democracia se nos plantea a nosotros como un bien esencial y donde debe ser entendida, con una importantísima e imprescindible persistencia de certidumbre, así es posible que el actor social reconstruya sus certezas, pero además, también reconstruya sus identidades colectivas. Creemos que si realmente los movimientos sociales y los partidos políticos tiene esta posibilidad, si efectivamente se logra la concreción de un espacio democrático y de un tiempo político, sólo así podrán mantener en nuestras sociedades un rol clave. Es de desear el logro del

diálogo y de la comunicación. Sin duda, la situación es paradójica, las certidumbres democráticas no son consideradas "bienes" imprescindibles; si a su vez es esencial la estabilidad económica (con el establecimiento de las prioridades que ésta significa en la definición de un periodo histórico largo), ambos elementos se presentan, por lo menos, como contradictorios.

Cuando señalamos las paradojas de la democracia en América Latina, nos vienen las palabras de Lewis Carroll: "Alicia...aquí se necesita correr todo lo que puedas para quedarte en un mismo sitio". Es de esperar que en América Latina la discusión comience a cambiar de sitio.

En los años setentas, una amplia mayoría de naciones estaba lejos de la democracia. Sin embargo, a partir de los años ochentas, esta situación comienza a cambiar. El fenómeno habría de crecer en cascada, y este aluvión democratizante actualizó los viejos debates en las ciencias sociales, pero simultáneamente se había de encontrar con una creciente crisis de paradigmas.

Quizás, el primer problema que encontraríamos es el de la legitimidad de incluir situaciones histórico-sociales diversas en América latina. Esto podría significar dos riesgos: primero, incurrir en la falacia de agregación, asimilando situaciones que poco tienen que ver entre sí. El segundo problema, sería el de incurrir en un reduccionismo político que traslade de un modo apriorístico y acrítico problemas de un contexto a otro, partiendo de la asimilación de esos problemas.

Es necesario, entonces, la búsqueda de condiciones para el éxito de un proyecto democrático. Porque la existencia de un carácter nacional y de hábitos nacionales de un cierto tipo, no pueden ni deben generalizarse, porque se corre el riesgo de una real pérdida de las especificidades de las comunidades políticas, sociales y culturales. Esto lleva otra vez a interrogarnos sobre las nuevas conexiones que podemos establecer en América Latina entre democracia, ciudadanía y modernización.

En la literatura clásica de los años cincuentas, el modelo dicotómico era: tradicional-moderno, y postulaba la modernización como condición necesaria para la permanencia de un gobierno democrático. Este proceso poseía cuatro postulados esenciales:

- a) los hábitos nacionales relacionados con un generalizado consenso por los valores modernos: "universalismo", "logros", "orientación hacia el futuro", "confianza social";
- b) la necesidad de que la cultura política de la modernización debiera tener como pilares el crecimiento económico y una distribución más equitativa de los ingresos;
- c) sin duda que el ciudadano medio debería poseer un amplio acceso a la información;
- d) la necesidad de la existencia de burocracias competentes y calificadas que tuvieran respuestas racionales y eficientes a la problemática económica.

En los años ochentas (la denominada "década perdida" para América Latina), ha permitido "madurar un consenso básico en torno al futuro que enfrentan los países latinoamericanos. El gran desafío consiste en armonizar democracia política con crecimiento económico y equidad social"().

Dicho planteo es la superación de una lógica evolutiva de un proceso por etapas, pero es además el cambio de lugar de las prioridades. Estas pasaban por la modernización de la economía y, a posteriori, las transformaciones de la sociedad. Sólo que treinta años después la secuencia se ha alterado y Weffort, entre otros, revierte el anterior ordenamiento: "la democratización política es el paso previo y obligado de la modernización económica y social". Es claro que los sucesivos fracasos de la modernización realizada desde "arriba", nos muestran los errores de las políticas de implementación económica, como asimismo el desconocimiento de las condiciones en América latina. Resultado de todo ello, es el estancamiento en los planos social y

económico, ya que se padece una preocupante falta de perspectivas.

Es de señalar, como parte de nuestra preocupación, que en la actualidad la palabra modernización está siendo usada en un sentido muy similar que en los años 50-60, al identificarla esencialmente con una racionalidad instrumental. Más aún, modernización y crecimiento capitalista tienden a identificarse.

Sin embargo, no podemos dejar de señalar la existencia de una creciente y justa reivindicación y revalorización de las libertades públicas y, consecuentemente, de los gobiernos representativos, no ignorando la creciente "apatía" y escepticismo del ciudadano. Asimismo, existe por parte del ciudadano una gran desconfianza en el Estado para programar y liderar procesos de cambio. Nos encontramos con un Estado demasiado débil (y que se está debilitando aún más), jaqueado por fuerzas centrífugas y centrípetas, y poco se puede hacer para escapar a los cargos de ineficiencia y corrupción. Se intenta, entonces, devolver todo el poder al mercado. Este movimiento pendular se inicia en América del Sur al amparo de las dictaduras militares.

Es de señalar que esta oscilación tiende a obstruir la posibilidad de avanzar en una teoría de un Estado capaz de realizar y desarrollar políticas de alcance social que den respuestas a la explosión de necesidades.

También sería posible, pero trivial, identificar a la modernización exclusivamente con el progreso, con lo bueno, con lo justo. Afirma Touraine que lo anterior nos conduce a extirpar la duda y construir modelos universales. Sin embargo, debemos señalar que, por el contrario, la modernización es siempre un proceso contradictorio, inseparable de una dialéctica de la dominación.

En nuestra región nos encontramos con fenómenos sociales sumamente preocupantes, como por ejemplo el crecimiento de una masa marginal y, simultáneamente, "nichos de desarrollo". Esta es otra de las paradojas que se están acentuando en nuestros países. La CEPAL en 1990 afirmó: "no debe esperarse que las instituciones democráticas prosperen bajo las condiciones de coacción económica, cuando millones de ciudadanos carecen de empleo, alojamiento adecuado, nutrición adecuada, educación básica o esperanza en el futuro".

El intento es, entonces, romper con un criterio único de racionalidad, cuyos pilares principales sean la economía de mercado y el liberalismo democrático. La construcción de esta racionalidad parte, desde nuestro punto de vista, de tres premisas por lo menos discutibles:

- 1) que la economía es una esfera básicamente autónoma y separada del resto de la sociedad;
- 2) que los agentes económicos (individuos, instituciones) realizan acciones exclusivamente racionales destinadas a maximizar sus utilidades;
- 3) que el problema de distribución no es central para el análisis porque va a existir un punto de equilibrio de la producción y de la distribución de bienes.

Precisamente, la tercera premisa es el talón de Aquiles de esta propuesta teórica. La proposición de avanzar en contextos tan precarios en la consolidación de los gobiernos representativos, y las defensas de las libertades públicas, están dependiendo absolutamente de que se logren desarrollar con bastante rapidez múltiples formas de democracia participativa. Esto significaría otorgar las mayores formas de autenticidad (democratización de los partidos políticos, de los sindicatos, de las corporaciones en general, como asimismo un control de responsabilidad de los dirigentes y una mayor transparencia financiera).

Debemos de señalar que uno de los mayores problemas y peligros que entrañan los procesos de democratización y de libertades públicas, se vincula con la cuestión de la desigualdad.

El capitalismo moderno tiende, evidentemente, a producir crecientes desigualdades sociales y económicas. Estas continúan agravándose, en mayor o en menor medida, en toda América Latina, lo que provoca graves violaciones de la igualdad política y, por lo tanto, del proceso democrático. Sin duda, se hace necesario una amplia deliberación entre iguales acerca de lo que sería el mejor uso de los recursos de la sociedad, del tipo de modernización que se necesita y que se establezcan las necesidades prioritarias de tipo social y el modo de satisfacerlas.

Estamos, pues, ante un problema que tiene que ver con los niveles de la acción colectiva y no de (las) etapas, en la medida en que se conforme y consolide un tipo de democracia, en donde se observen la gramática de las formas representativas. De este modo nosotros pensamos, citando a Nun, "en una teoría del estado, tanto descriptiva como prescriptiva, y que al decir de Rousseau, debe fundarse en la voluntad popular y no en una razón iluminada. Cualquier idea de un sólo tipo de modernización conduce a caminos erráticos"().

Porque los procesos de reestructuración del modelo económico vinculado a la globalización de los mercados y de la organización de la producción, a lo que se suma —tal como se ha afirmado anteriormente— la búsqueda de nuevas expresiones culturales y formas simbólicas que representen las identidades colectivas. Estas dinámicas han transformado las formas tradicionales de acción política y social en nuestros países. El futuro de las sociedades contemporáneas es la fragmentación creciente que asume formas amedrentadoras en los rasgos organizativos de la vida social. "Los movimientos sociales, los de la burguesía revolucionaria, luego el movimiento obrero y por fin los nuevos movimientos sociales cuyos objetivos son más culturales que económicos, recurren cada vez más directamente a la combinación de la razón y el sujeto y separan de manera creciente la razón y la sociedad por un lado, el sujeto y el individuo por el otro"().

Es debido a ello que toda la obra realizada por Touraine en los últimos años está signada por una constante e imperiosa necesidad de abolir el dualismo existente en las ciencias sociales, tanto sea social, político o filosófico. El autor nos plantea que la realidad siempre es mucho más rica, más dinámica, más gloriosa que todos los intentos de reducirla a viejas antinomias. Su tarea intelectual, su casi obsesiva intención de la complementariedad de la razón y el sujeto más precisamente de la reconciliación y la subjetivación hacen de Touraine uno de los teóricos más creativos para repensar América Latina.

El logro de algunas de estas propuestas depende sobre todo para nuestros países que las formas de totalidad —que niegan caminos de libertad entendida como un diálogo permanente entre razón y sujeto— comiencen a diluirse para consolidar procesos democráticos que tanto han tardado e